

SELGYC

SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE LITERATURA GENERAL
Y COMPARADA

Nuevos horizontes de la literatura comparada (Vol. 2)

LITERATURA Y NATURALEZA:
VOCES ECOCRÍTICAS EN POESÍA Y PROSA

EDITORES

Bruno Echauri Galván

Julia Ori



Nuevos horizontes de la literatura comparada (Vol. 2): Ecocrítica, 2021.

ISBN: 978-84-09-27247-1

Comité científico: Laura Arenas García, Daniel Arrieta Domínguez, Isabel Berzal Ayuso, Carlota Cattermole, Elsa del Campo Ramírez, Silvia García Hernández, Guillermo Gómez Sánchez-Ferrer, Alfonso Lombana Sánchez, Montserrat López Mújica y Lorena Silos Ribas

© de la edición: Sociedad Española de Literatura General y Comparada

© de los textos e ilustraciones: sus respectivos autores

*Nuevos horizontes de la literatura comparada
(Vol. 2)*

**LITERATURA Y NATURALEZA:
VOCES ECOCRÍTICAS EN POESÍA Y PROSA**

EDITORES

Bruno Echauri Galván

Julia Ori



SELGYC

SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE LITERATURA GENERAL
Y COMPARADA

Índice

DÁMASO LÓPEZ GARCÍA	
<i>Prefacio: Ecocrítica y hoy</i>	7
AGRADECIMIENTOS	9
BRUNO ECHAURI GALVÁN Y JULIA ORI	
<i>Introducción</i>	11
AXEL GOODBODY	
<i>Cli-Fi beyond the American thriller: Cultural and aesthetic alternatives in climate change fiction since 2010</i>	19
MIGUEL GÓMEZ JIMÉNEZ	
<i>La fábula de Faetón: el valor de un mito frente al cambio climático. Una llamada de atención desde la literatura española</i>	31
CRISTINA SALCEDO GONZÁLEZ	
<i>The Bluest Eye: una lectura ecofeminista del mito de Perséfone</i>	43
MARTHA ASUNCIÓN ALONSO	
<i>De mujeres-junco y mujeres-árbol en la narrativa de Maryse Condé</i>	52
SERGIO MONTALVO MARECA	
<i>Importancia de la naturaleza en la vida y obra de Emilio Prados</i>	61
MARTA GORT PANIELLO	
<i>Sembrando palabras y escribiendo jardines: el simbolismo de la naturaleza en los cuentos de Rodoreda y Munro</i>	75
LAURA MARTÍN MORALES	
<i>Naturaleza corporizada: una visión comparativa del cuerpo y la naturaleza en Gabriela Mistral y Kathleen Raine</i>	84
MÓNICA FERNÁNDEZ JIMÉNEZ	
<i>América de T.C. Boyle, ¿una novela fronteriza?: un estudio comparativo</i>	98
JUAN ZHANG	
<i>Civilización o naturaleza: la existencia humana en Canaima</i>	108
MANUEL RODRÍGUEZ AVÍS	
<i>Un jardín de Tennyson: consideraciones en torno a la proyección identitaria sobre el mundo vegetal en El cuento de la criada, de Margaret Atwood. Una lectura ecocrítica</i>	116
EMA GALIFI	
<i>Quels fondements (géo)poétiques de l'écologie ?</i>	124
ANA BELÉN SOTO	
<i>Figures aquatiques dans le projet scriptural d'Aliona Gloukhova, un exemple de xénographies francophones</i>	137
NÚRIA VOUILLAMOZ PAJARO	
<i>Ecocrítica y Literatura Infantil y Juvenil. La naturaleza en el álbum ilustrado</i>	146
RAYMONDA NODIS	
<i>Una mirada ecocrítica en la literatura infantil y juvenil: El valor del agua de Julio Llamazares y Le révolté de Savines de Alain Surget</i>	158
AUTORES	165

América de T.C. Boyle, ¿una novela fronteriza?: un estudio comparativo

MÓNICA FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

Universidad de Valladolid

monica.fernandez@uva.es

Resumen

Aunque *América* (1998) de T.C. Boyle y *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* (1987) de Gloria Anzaldúa puedan parecer textos con la misma temática, son muy diferentes el uno del otro si comparamos el enfoque que cada uno toma con respecto a la frontera de México con Estados Unidos. Mientras que el texto de Anzaldúa, tanto a nivel formal como en su contenido, propone un marco epistemológico de pensamiento fronterizo por el que trascender los nuevos diseños imperialistas de Estados Unidos, T.C. Boyle mantiene la mirada colonial hacia los migrantes mexicanos. Para sostener esta crítica, este artículo analiza en sus distintos planos narratológicos la metáfora imperante en el texto de Boyle: la del coyote. Haciendo uso de un marco teórico ecocrítico basado en el discurso foucauldiano, se señalará la importancia de que dicha metáfora esté relacionada con el mundo natural, ya que las retóricas sobre la naturaleza han sido históricamente utilizadas con fines expansionistas e imperialistas. Como conclusión este artículo expone que, pese a su intento de crítica, *América* no consigue reflejar de manera formal una alternativa a los modelos coloniales de conceptualización que pretende denunciar, mientras que la particular estructura y uso del lenguaje de la obra de Anzaldúa sí lo hacen.

PALABRAS CLAVE: fronteras, ecocrítica, inmigración, blanquitud, chicana.

Abstract

Although T.C. Boyle's *América* (1998) and Gloria Anzaldúa's *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* (1987) might seem similar texts at first sight, they are very different from each other if we compare each one's conception of the U.S.-Mexico border. Whereas Anzaldúa's text, both formally and in its content, proposes a border thinking epistemology by which to transcend the United States' new imperialist designs, T.C. Boyle maintains the colonial gaze in its depiction of Mexican migrants. In order to justify this criticism, this article analyses the prevailing metaphor in *América* – that of the coyote – in its different textual levels. Through an ecocritical theoretical framework based on Foucauldian discourse, the importance of the fact that this metaphor is related to the natural world is assessed, exploring how this sort of rhetoric has been historically used with expansionist and imperialist designs. By way of conclusion, this article establishes that, despite its attempt to criticise the colonial models of conceptualisation, the form of *América* does not manage to create an alternative to these paradigms, while the particular structure and the use of language of Anzaldúa's work do.

KEY WORDS: borders, ecocriticism, immigration, whiteness, chicana.

1. Introducción

El presente artículo comienza con una exploración, en sus diferentes planos textuales, de la recurrencia de la figura del coyote como metáfora en la novela *América* (1998) del estadounidense T.C. Boyle, originalmente publicada en 1995 bajo su título en inglés *The Tortilla Curtain*. Para ello, se hará uso de un marco teórico ecocrítico con la intención de analizar el significado que se le adscribe a la metáfora en distintas ocasiones a lo largo del texto. Por otra

parte, en una dimensión más ideológica del mismo, se concluirá que, aunque las situaciones exageradas y los personajes estereotipados de la novela parezcan tener una intención irónica, establecen un enfoque exoticista hacia las culturas no blancas y anglófonas sin ofrecer en ningún momento el punto de vista del inmigrante mexicano, pese a que en ocasiones actúa de focalizador. Por último, se concluirá que esta novela, pese a su escenario, no supone un ejemplo de lo que se ha denominado novela fronteriza –en palabras de José David Saldívar (1991: 167)– por la separación tan clara y delimitada que se hace de los mundos del migrante y del nativo, lo cual impide una lectura poscolonial e híbrida de los mismos.

Para completar esta justificación, en la segunda parte del artículo se comparará la novela de Boyle con *Borderlands/La Frontera* (1987), la obra maestra bilingüe de la chicana Gloria Anzaldúa, que, además de denunciar la situación en los *borderlands*, propone un modelo alternativo para la conceptualización y el análisis de la historia geográfica que ella llama *autohistoriateoría* (Saldívar 2007: 364). Examinando el modelo de hibridación de Anzaldúa, explicado a la par que reflejado en su propia obra, en la que ambos idiomas se mezclan de manera que ninguno predomina sobre el otro, se observará la ausencia de dicha hibridación en la novela de Boyle, en la cual la mirada hegemónica permanece. Pese a que muchos realistas hayan insistido en lo contrario, Mieke Bal no cree en la focalización cero (1997: 142). No es la objetividad lo que se trata de buscar sino cuáles son los puntos de vista ofrecidos a nivel epistemológico, incluso si estos no son de personajes sino pertenecientes a una determinada tradición discursiva.

2. *La metáfora del coyote en el texto*

América es una novela que sin duda muestra preocupaciones por el uso de vocabulario e imágenes sobre la naturaleza en el discurso, considerando la noción de discurso de Michel Foucault y su continuación por Edward Said, acerca de lo que el primero afirmó que “no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder” (Foucault 1976: 30). A lo que Foucault se refería lo explica Said en referencia a los textos coloniales sobre el Oriente, los cuales sistematizaron los términos y el lenguaje con los que referirse a sus poblaciones, de esa manera interiorizando estereotipos en el imaginario occidental y permitiendo así, a través de un complejo proceso que Said analiza en su libro, la hegemonía de Occidente sobre Oriente (2008). Por otra parte, este fenómeno tiene lugar de manera muy común en relación con la naturaleza, como evidencia la obra de Carolyn Merchant. En *The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution* (2010) se explica que la Revolución Científica reconceptualizó la manera con la que referirse a la naturaleza, que pasó de ser un ente maternal orgánico a caos pasivo que debiera ser mecanizado para, así, ser explotado con más facilidad y servir las necesidades de una economía moderna a la par que contribuir a la transición de la sociedad feudal a la comercial e industrial (1976: 2-3). De esta manera la ecocrítica es una de las disciplinas que mejor ilustra esta relación entre discurso y poder.

Greg Garrard describe la disciplina de la ecocrítica como el campo encargado de analizar la forma que las ciencias ambientales toman dentro de obras culturales (2012: 3). La manera en la que Garrard destaca entre otros académicos de la ecocrítica es en su foco en el lenguaje y en la dimensión puramente humana del mismo, una dimensión culturalmente específica e ideológica. El primer capítulo de su libro da el ejemplo de la palabra “contaminación,” la cual, argumenta, no es un concepto científico con características estables, ya que en sí no denota las sustancias específicas que están contaminando (2012: 6). Garrard concluye explicando que esta palabra se utilizaba de manera teológica cuando se implicaba que una persona había sido moralmente corrupta (2012: 8) y, en su transición al lenguaje de la naturaleza, terminó sugiriendo que la naturaleza es pasiva y ha de ser moldeada (es decir, mecanizada) para su supuesta salvación (2012: 9).

Así, la ecocrítica es mucho más que la relación entre la naturaleza y la literatura que Cheryl Glotfelty y Harold Fromm explicaron (1996: xviii), pues la retórica sobre la naturaleza puede efectivamente transformarla, para bien o para mal. El uso de la retórica, la cual define Garrard como la “producción, reproducción y transformación de metáforas a gran escala” (traducción propia; 2012: 8), se basa en una mimesis reduccionista para servir una función ideológica (2012: 8-11). Para esta parte del artículo tomaré la importancia que Garrard adscribe a las metáforas y analizaré la persistencia de una de ellas en la novela de Boyle: la del coyote. Esta, pese a ser recurrente, parece no ser usada de manera consistente ni en un mismo plano narratológico. Sin embargo, independientemente del plano, sus muchos significados están relacionados de una manera o de otra con la percepción de la inmigración ilegal desde México por parte de una comunidad suburbana en California (o por parte de los propios lectores).

La estructura que la novela de Boyle utiliza para narrar su historia divide la obra en capítulos en los que, consecutivamente, la focalización cambia. Uno de los focalizadores, definido por Mieke Bal como “el punto desde el cual los elementos [de una fábula] son vistos” (traducción propia; 1997: 146), es Cándido Rincón, un inmigrante mexicano ilegal que cruza la frontera con su mujer, América, para adentrarse en una serie de situaciones precarias en el desierto de California. Aunque a veces también se introduce el punto de vista de América, el otro focalizador es, fundamentalmente, Delaney Mossbacher, un periodista originario del este de los Estados Unidos que vive con su mujer y los hijos de esta en California, en un vecindario suburbano al que la novela se refiere como “la urbanización Arroyo Blanco” (Boyle 1998: 30). La novela abre con la focalización de Delaney, quien se topa por primera vez con Cándido en un accidente automovilístico. Pese a que Delaney ha herido a este último, Cándido se niega a que lo lleven al hospital para evitar una posible deportación, lo cual derivará en una serie de encuentros más durante el resto de la narrativa. Además de estos encuentros y de relatar las desdichas de Cándido y América en su persecución del sueño americano, gran parte de la novela también se centra en los debates internos de Delaney, que se verán avivados por los constantes prejuicios de sus vecinos hacia la inmigración mexicana.

Por esta focalización tan acentuada que caracteriza la novela es importante identificar si el uso de la palabra “coyote” lo hacen los personajes dentro del texto, a través de sus diálogos y de sus pensamientos internos expresados gracias a esta focalización, o si en la novela subyacen ciertas implicaciones ideológicas. Una metáfora incluida en un diálogo en el que un personaje participa no es lo mismo que una metáfora que un texto pueda transmitir a nivel macroestructural. Es decir, puede que un texto en sí, a través de tópicos e imágenes recurrentes, establezca metáforas para el lector, aquellas que si se van popularizando y sistematizando se convierten en los tropos que Garrard analiza o en lo que Foucault llama “discurso”, un pensamiento compuesto por “unidades de información preexistentes” (Said 2008: 137). Así, Teun A. van Dijk explica que las “macroestructuras semánticas no se definen con relación a oraciones o secuencias aisladas de un texto,” –que sería el primer caso, las metáforas expresadas por los personajes– “sino para el texto en su conjunto” (1992: 142). Se trata de un tema complejo pues, si son los personajes quienes utilizan las metáforas, demostrando, así, su propio racismo, ¿a quién pertenecen las metáforas macroestructurales y cómo se entienden estas dentro de la relación entre discurso y poder? No desearía en ningún momento establecer una crítica biográfica o de la intencionalidad del autor, sino adherirme a la noción posestructuralista del discurso, la cual no tiene nada de intencional o conspiranoico (Said 2008: 453) sino que “es la *distribución* de una cierta conciencia geopolítica en unos textos estéticos, eruditos, económicos, sociológicos, históricos y filológicos” (énfasis en el original, Said 2008: 34) “(y no es) un tema sobre el que se tenga libertad de pensamiento o acción” (Said 2008: 22).

La primera vez que aparece el coyote como metáfora en el texto –ya que también aparece como un animal real (o metáfora macroestructural) cuando se cuela en el jardín de la familia protagonista– es en uno de los capítulos focalizados a través de Cándido. El inmigrante mexicano ilegal rememora la primera vez que cruzó la frontera sin éxito: “finalmente se marchó a la

frontera, para perderse en el norte, pero el coyote era un imbécil y los de inmigración lo atrapan antes de que hubiera caminado cien metros, y lo enviaron de vuelta a la intrincada noche oscura de Tijuana” (1998: 111). Aquí el coyote es la figura de un contrabandista que hace negocios sucios supuestamente ayudando a inmigrantes desesperados a cruzar la frontera, pero en este caso la ayuda no es real sino un engaño: “ese coyote, el emisario entre dos mundos y una de dos, o era incompetente o los traicionaba” (1998: 126). En otra ocasión, un coyote real se cuelga en la casa del protagonista: “un coyote se las había arreglado para introducirse en el patio y apoderarse de uno de los perros, y allí lo tenía ante sus ojos, un espécimen de la naturaleza salvaje brincando la cerca como si se tratara de un número circense” (1998: 81). Sería esta la diferencia entre una metáfora hecha por los personajes y una metáfora hecha por el texto, ya que la presencia perturbadora del animal para la vida del protagonista adquiere un significado más allá del obvio. De la misma manera, Cándido también termina suponiendo una perturbación para la vida de Delaney, quien se obsesiona con demostrar que este último está causando estragos y vandalismo en su vecindario.

Por tanto, el origen de la metáfora es cada vez más difícil de localizar y, en términos más confusos, el coyote se asocia con la presencia mexicana a partir de un determinado incidente: cuando el animal se lleva al perro de Delaney. Los personajes, entonces, comienzan a referirse a dicho incidente como “el ataque:” “Desde el ataque, Kyra no perdía de vista a Osbert prácticamente en ningún momento, insistiendo incluso en sacarlo a pasear ella misma antes y después del trabajo, y en cuanto a la gata, había sido confinada estrictamente al interior de la casa. Una vez que la malla estuviera concluida, todo volvería a la normalidad” (1998: 305-6). Si bien ya lo expresó Garrard, no podemos evitar conceptualizar a los animales utilizando un vocabulario culturalmente específico y por tanto, en ocasiones, antropomórfico. Pero el mundo animal no se rige por las mismas normas que el humano: no hay ataques malintencionados, solamente instintos y supervivencias. La manera en la que estos personajes suburbanos se refieren al coyote bien puede beneficiarse de un análisis ecocrítico para demostrar que, en el fondo, parecen decir algo más. Aunque el estudio de las representaciones culturales de los animales suele ir de la mano de una discusión filosófica sobre el especismo (Garrard 2012: 136), esta también ha derivado en una exploración del antropomorfismo que normalmente se les atribuye (Garrard 2012: 183), el cual suele expresar deseos y sentimientos puramente humanos.

Delaney Mossbacher escribe mensualmente en un periódico una columna un tanto ridícula y suburbana que trata de la flora y fauna de California. Tras el incidente, Delaney dedica la pieza al conflicto que supone el tratar de vivir en armonía con la naturaleza. Como es de esperar, los coyotes tienen un gran protagonismo en la columna:

Por supuesto que una solución más simple (aquella a la cual recurre la mayor parte de los propietarios cuando uno de estos “lobos del matorral” invade el sanctum sanctorum de sus patios cercados) es llamar al Departamento de Control de Animales del Condado de Los Ángeles, que se encarga de atrapar y aplicar la eutanasia a un centenar de coyotes cada año. Tal solución, para alguien que ardientemente anhela vivir en armonía con el mundo natural, ha sido siempre un anatema (después de todo, el coyote recorrería estas laderas mucho antes de que el Homo Sapiens hiciera su primera y velluda aparición en el continente), y sin embargo, paulatinamente, este autor ha comenzado a sentir que algún género de control tendrá que aplicarse si seguimos insistiendo en usurpar el territorio del coyote con el avance implacable de nuestros enclaves urbanos y suburbanos. Si nosotros invadimos su territorio, ¿por qué deberíamos mostrarnos sorprendidos de que el coyote invada el nuestro? (en cursiva en el original; 1998: 437-8)

El empleo de vocabulario antropomórfico es evidente en el uso de la palabra “invadir”, adscribiéndose así una intencionalidad humana al coyote. De hecho, es necesario observar en qué contexto ocurre la redacción de este artículo. A lo largo de la novela –antes y después de

la escritura del artículo— Delaney, su esposa y sus vecinos tienen conversaciones y conflictos cuando discuten acerca de la inmigración ilegal de mexicanos en su área. Estos, al igual que el coyote, son para ellos otra entidad traspasadora de bordes, en este caso, la frontera, haciendo aquí hincapié en que las palabras “borde” y “frontera” comparten el mismo término en inglés: *border*. Este deliberado y artificial paralelismo parece funcionar a un nivel macroestructural.

La esposa de Delaney, una agente inmobiliaria, menciona que la presencia de inmigrantes en las calles a la espera de trabajo ilegal es perjudicial para su negocio (los inmigrantes se posicionan en una zona determinada y allí distintos empleadores los recogen para ofrecerles trabajos manuales mal pagados). Kira le explica a su marido que realizó unas gestiones para encargarse del asunto, lo que deriva en la siguiente reflexión por parte de Delaney:

Delaney no supo qué decir. En su fuero interno pugnaban sentimientos encontrados, intentaba conciliar teoría y realidad. Aquella gente tenía todo el derecho de reunirse en una esquina: era su derecho inalienable, consagrado por la Constitución. ¿Pero cuál Constitución?... ¿La de México? ¿Seguro que México tenía una Constitución? Pero se trataba de una actitud cínica y se corrigió a sí mismo: de entrada estaba asumiendo que eran ilegales... pero incluso los ilegales tenían derechos garantizados por la Constitución estadounidense, ¿y si fuesen inmigrantes legales, ciudadanos de los Estados Unidos? (1998: 381-2)

Es interesante que Delaney se corrija al tener un pensamiento racista, el cual le es imposible evitar, destapando así que su necesaria repetición interna de convicciones para mantener su identidad de “humanista liberal” se trata de un autoengaño para evadir la culpabilidad asociada a su privilegio: “— Ah, los mexicanos —dijo Delaney, y ya no había vacilación en su voz, ni resistencia para identificar a las personas por su grupo étnico, ningún barniz de culpabilidad humanista liberal. Mexicanos. Había mexicanos por todas partes” (Boyle 1998: 380). Si bien este pensamiento se expresa una vez avanzado el texto, ya había sido expuesto de otras maneras gracias a la fuerte focalización de la narrativa, haciéndose obvia en ocasiones la doble conciencia y autoengaño del personaje, pues a menudo le traiciona el subconsciente, como cuando atropella a Cándido y lo primero que hace es preocuparse por el seguro de su coche (Hicks 2003: 48). Si la doble conciencia afroamericana que explicaba W.E.B. Du Bois se trataba de “la sensación de siempre mirarse a uno mismo a través de los ojos de los otros” (traducción propia; 2007: 8), la de Delaney denota una ansiedad por mantener el privilegio.

Pasando al plano macroestructural, lo que denota la presencia del coyote en este plano más global y alejado de los personajes autónomos es el matiz casi obsesionante del animal para Delaney, quien va tras él en los momentos en los que el personaje reflexiona sobre sus visiones hacia la inmigración comparadas con las de sus vecinos y esposa, a los que considera racistas:

La frontera. Involuntariamente Delaney dio un paso atrás, todos esos rostros oscuros e incomprensibles surgiendo en las esquinas y en las rampas de acceso a las autopistas y cerniéndose en tropel sobre su cerebro, todos vociferando sus necesidades inaplazables por entre bocas de dientes podridos.

—Lo que estás diciendo es racista, Jack, y tú lo sabes muy bien.

—En absoluto, Delaney... es una cuestión de soberanía nacional (1998: 207).

Cuando Delaney se volvió, con un giro violento de la silla, vio el coyote. Se encontraba de este lado de la malla, apretado contra el suelo. Sus ojos brillaban con un cálculo espantoso mientras avanzaba sigilosamente hacia el sitio donde Osbert yacía extendido a la sombra de una palmera enana, royendo un hueso, totalmente inconsciente de lo que se avecinaba (1998: 401).

El coyote parece una presencia acosadora, una sombra jungiana. Esta frase de Carl Jung es relevante aquí: “si lo reprimido es aislado de la conciencia, nunca se corrige. De hecho, es proba-

ble que explote en un momento de descuido. Al fin y al cabo, forma una pega inconsciente que bloquea todas las buenas intenciones” (traducción propia; Jung 1992: 93). Hacia el desenlace de la novela Delaney similarmente se obsesiona con la presencia de estos inmigrantes ilegales y los persigue compulsivamente hasta encontrarse con América y Cándido:

Y durante todo este tiempo su mente permanecía en ebullición: ya lo tengo, ya tengo al muy hijo de puta, al muñeco de resorte que se lanza al paso de los autos, al incendiario, y la euforia que se apoderó de él era como una droga y la droga obnubilaba la razón. En ningún momento se le había ocurrido pensar en qué haría con el mexicano cuando lo capturara... eso no tenía importancia (1998: 714).

Este final exagerado parece enfatizar que la insistencia de Delaney por demostrar sus valores humanistas lo ha hecho enloquecer y responde a una lógica jungiana por la que tratar de negar el inconsciente –racista, en este caso– termina haciéndolo explotar en un momento de inconsciencia. Este es el particular coyote que persigue a Delaney.

Si nos fijamos bien, esto ya se sugirió al comienzo del texto, con la escena del atropello:

Y en seguida, de manera brusca y sin avisarle a nadie, el cargador dio un bandazo hacia atrás, ejecutó una media vuelta y se desvaneció entre los montones de desechos impresos.

* * *

—¿Pero a qué le pegó? ¿A un ciervo? ¿A un *coyote*? (énfasis mío; 1998: 32)

La transición, exploración y final aceptación de su racismo comienza con el encontronazo con Cándido, ese incidente que desata los eventos de la novela. Delaney solo ha necesitado la visibilidad de los inmigrantes para sacar a relucir su lado más racista, cuando estos han corrompido el pastoral “peregrinaje” descrito en su columna: “Sí, él, Delaney Mossbacher, el Peregrino del Arroyo Topanga, él, que llevaba una existencia más libre de tensiones que cualquier otra persona sobre la superficie de la Tierra con la posible excepción de unos cuantos lamas tibetanos” (Boyle 1998: 317). Delaney se aferra a su privilegio cuando se topa con una realidad que no quiere asumir: que él mismo es parte del sistema global de desigualdad y pobreza que se ha de mantener para que pueda seguir disfrutando de su estilo de vida. Saldívar explica que lo que Aníbal Quijano llama “la colonialidad del poder” surgió en el momento en el que los españoles llegaron a América y ahí se establecieron los parámetros globales de la división internacional del trabajo de acuerdo a la etnicidad (2007: 344-5). A su vez, según Quijano e Immanuel Wallerstein, estos parámetros han hecho uso del racismo para poder perpetuarse (1992: 550) y solo pueden ser cuestionados a través de lo que Saldívar llama “pensamiento fronterizo” (2007: 339; 344), el cual no está presente en ninguno de los capítulos de la novela, ni siquiera en los focalizados por Cándido y América. Por tanto, si bien el uso de la metáfora del coyote por parte del texto a nivel macroestructural no es el mismo que el de los personajes y no describe a los inmigrantes como presencias animales no deseadas en el vecindario, el texto tampoco ofrece una alternativa epistemológica para abordar la situación que describe y así combatir la hegemonía de Delaney y sus vecinos.

3. *Por qué América no es una novela fronteriza: comparación con Borderlands/La frontera: The New Mestiza de Gloria Anzaldúa*

Puede resultar extraño que haya mencionado en la introducción que esta novela no ofrece la perspectiva de los inmigrantes mexicanos cuando poco tiempo después he señalado que el texto se estructura mediante las focalizaciones cambiantes de Delaney y Cándido. También puede haber llamado la atención del lector que me haya centrado exclusivamente, exceptuando

el análisis de la primera metáfora, en los capítulos focalizados a través de Delaney. Me he centrado tanto en este personaje para mi análisis porque los capítulos en torno a los personajes mexicanos no resultan convincentes, pues parecen un simple *atrezzo* para contar esta historia de lo que se podría traducir como “blanquitud”, llegando incluso a niveles de apropiación cultural. De la misma manera, Heather Hicks lee esta obra como una “novela de blanquitud” y explica, incurriendo igualmente en la ecocrítica, que la blancura de los perros de Delaney y sus nombres aristocráticos (Osbert y Sacheverell) en contraste con el coyote marrón evocan tradiciones y valores culturales británicos y nostalgia por la era aristocrática de Inglaterra (Hicks 2003: 44-47).

Este simbolismo sugiere la anteriormente mencionada relación entre la retórica y la dominación de la naturaleza, a su vez estrechamente ligada al estudio histórico de la blanquitud y sus marcos epistemológicos: el enfoque eurocéntrico con respecto a la posesión de la tierra que Alfred López define como “blanquitud colonial” (2005: 5). Siguiendo con el análisis de Heather Hicks, esta explica que, “aunque es la propiedad la comodidad que está puesta en peligro, lo que realmente está en juego es la blanquitud que otorga al progreso su nombre, la blanquitud que los inmigrantes tratan de erradicar al transformar América con su presencia” (traducción propia; 2003: 51). El control de la naturaleza se muestra paralelo al control de las fronteras que define Annette Kolodny como gestos que traducen “los bordes físicos en barreras políticas y culturales” (traducción propia; 1992: 1). Según Kolodny, la frontera siempre ha sido un concepto de diseño eurocéntrico (1992: 11), “designado como transitorio y [por el que] los textos fronterizos son rastreados con objetivos o ansiedades hegemónicas” (traducción propia; 1992: 12). De hecho, la obsesión de Delaney con los inmigrantes aparece a partir del segundo ataque del coyote, cuando se lleva a su otro perro y, así, la conexión metafórica entre mexicano y coyote se hace evidente a través de esta ansiedad fronteriza.

Hacia el final de la novela, la gata de Delaney, Dame Edith, se escapa, y Cándido la atrapa y la mata para poder dar de comer a su mujer embarazada en un momento de desesperación. Otra vez, el nombre del animal evoca una famosa figura literaria de círculos elitistas del siglo xx inglés, Edith Sitwell, conocida por una crítica que denotaba una clara nostalgia por el pasado aristocrático de Inglaterra (Hicks 2003: 46). Con metáforas tan obvias y exageradas que rozan lo surrealista, el asesinato de la gata supone una amenaza para este privilegio adquirido, la herencia de los Europeos-Americanos, cuyo traspaso de hegemonía analiza Walter Mignolo en *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledge and Border Thinking* (2000). Aunque el efecto humorístico y el simbolismo que entrañan los nombres de los animales evidencian el esfuerzo de la novela por deconstruir el pensamiento supremacista anglófono y así hacer justicia a la situación de los inmigrantes ilegales procedentes de México, hay aspectos problemáticos en la novela con respecto a la representación de los personajes mexicanos. De hecho, la perpetuación de estereotipos tanto por parte de lo que los personajes blancos piensan de los mexicanos como por parte de los propios mexicanos que focalizan la mitad de los capítulos es un ejemplo de Orientalismo. Se está hablando por ellos, se los está representando desde fuera (Said 2008: 25). Los diálogos y actitudes de estos personajes son claramente estereotipados, utilizándose el español solo para hablar de comida típicamente mexicana (en la versión original en inglés de la novela). El título en inglés, *The Tortilla Curtain*, adquiere relevancia, pues parece que lo único que dicen estos personajes es “tortilla”.

En la sección anterior se ha hablado de que la metáfora del coyote se utiliza de dos maneras distintas por los personajes de la novela. Por una parte, los mexicanos llaman “coyote” al hombre que engaña a los inmigrantes ofreciéndoles ayuda para atravesar la frontera de México con Estados Unidos. Por otro lado, el artículo de Delaney, pese a estar hablando de animales, promueve una metáfora que conecta a los inmigrantes con los coyotes, ya que ambos traspasan “bordes”. El final de la novela, sin embargo, evidencia que el coyote, a nivel macroestructural, es una metáfora de la epistemología racista de la que la historia occidental ha hecho uso para sus intenciones expansionistas y que se encuentra en lo más profundo del subconsciente de

Delaney. ¿Está este texto insinuando que es imposible escapar esa epistemología? Porque el propio texto parece indicar que sí, ya que incurre en dar voz a los inmigrantes mexicanos de una manera estereotipada y plana. La lectura de este texto causa muchas incomodidades. La focalización de los personajes mexicanos es simple y la de los californianos es redonda, compleja y se transforma, incluso a veces parece intentar llevar al lector a empatizar con ellos mientras que Cándido y América no dejan de ser simples imágenes planas y arquetípicas del inmigrante mexicano ilegal. Aunque con el fragmento del artículo de Delaney y su metáfora escondida la novela avisa de que la actividad textual puede ser peligrosa, esta misma también forma parte del conjunto de textos que conceptualizan al inmigrante de maneras que contribuyen a las necesidades de la hegemonía.

Como alternativa a este tipo de actividad textual ha surgido en la crítica chicana la noción de texto y pensamiento fronterizo, que José David Saldívar define como “el nombre de un nuevo pensamiento geopolíticamente localizado en los *borderlands* de la Americanidad y en contra del nuevo imperialismo de los Estados Unidos” (énfasis en el original, traducción propia; 2007: 339). Tras establecer esta definición, Saldívar hace referencia a Gloria Anzaldúa, cuya obra *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, además de establecer las bases teóricas del pensamiento fronterizo, también hace las veces de obra literaria que podemos comparar con *América*. Gloria Anzaldúa expresa, en lo que es probablemente una de sus frases más citadas, que en la frontera de México con Estados Unidos “the third world grates against the first and bleeds”¹ (1987: 3). Kolodny, a su vez, explica que en la historia de Estados Unidos las fronteras han sido percibidas como barreras políticas y culturales en lugar de ser lugares de primer contacto cultural (1992: 3). La persona asociada con la transgresión de fronteras, el contrabandista que engaña a Cándido y América, no representa el contacto entre dos mundos, sino que se aprovecha de una situación desesperada. Este hombre que supuestamente ayuda se alía con la vertiente más cruel del capitalismo, el sistema económico asociado a la creación de la globalización de la que Aníbal Quijano habla como algo comenzado en las Américas a través de la expansión del modelo eurocéntrico de poder a este continente (2000: 533). Walter Mignolo explica que los mexicanos de los *borderlands* han pasado a ocupar una posición subalterna a través del espectro cronológico por el que los lenguajes imperiales fracturaron los indígenas, pero por el que estos lenguajes imperiales se fracturan ahora por las hegemonías modernas, donde se da un desplazamiento inverso en el que se abandonan zonas previamente colonizadas (2000: 237). En vez de tratar de crear un área de contacto cultural, este coyote se convierte en un símbolo del contacto precario entre dos mundos.

Este concepto de frontera que, según Anzaldúa, hace sangrar, se mantiene presente en distintas formas durante la novela de Boyle –fronteras lingüísticas, pseudo-fronteras que vallan vecindarios suburbanos, fronteras de pertenencia– en la cual ninguna alternativa se propone. De hecho, la propia estructura de la novela –separada en capítulos que presentan ambos mundos como binarios opuestos– se mantiene como una forma de escritura colonial que describe el mundo colonizado como un lugar de caos (Boehmer 2005: 85). Gloria Anzaldúa propone en cambio una descripción de frontera como lugar de contacto cultural, en este caso doloroso, a través de una lógica totalmente opuesta a la de *América*, la lógica de la nueva mestiza cuya conciencia se expresa en “neither *español ni inglés*, but both” (énfasis en el original; Anzaldúa 1987: 55), y propone que, partiendo de este dolor, se crearán nuevos espacios culturales no tan binarios: “el sustento de dos mundos que se funden para formar un tercer país” (traducción propia; Anzaldúa 1987: 3). Con esta doble naturaleza entre teoría literaria y ejemplo de lo que a esa teoría hace referencia, estamos tratando aquí con un texto completamente bilingüe en el que se intersectan frases en español con frases en inglés, o incluso frases en las que hay palabras en ambos idiomas: “On that day I gather the splintered and disowned parts

1 He mantenido esta frase en su original en inglés para que no se perdiese su fuerte simbolismo.

of *la gente mexicana* and hold them in my arms. *Todas las partes de nosotros valen*” (énfasis en el original; 1987: 88). Así, siguiendo la argumentación de George Sánchez sobre la frontera transnacional, esta visión híbrida de la frontera suspende el poder y el control hegemónico estadounidense (Sánchez 1993: 38) al tomar en consideración este territorio abyecto en el que los Estados Unidos y México se encuentran en total igualdad de condiciones y comparten algo que les pertenece por igual.

Al establecer unas categorías binarias tan claras T.C. Boyle no llega a desarrollar lo que se ha conocido en el campo de los estudios chicanos como pensamiento fronterizo, también llamado pensamiento diaspórico por otros autores. El pensamiento diaspórico, al extender el territorio de la nación fuera de sus fronteras, difumina los conceptos imperialistas de las naciones-estado que equiparan la nación con la territorialidad (Raghuram / Sahoo / Maharaj / Sangha 2008: xii). Así, el pensamiento fronterizo acarrea consigo “geopolíticas del conocimiento” propias (traducción propia; Saldívar 2007: 347) que cuestionan el binarismo y esencialismo tan presentes en Boyle sugiriendo, a través de su bilingüismo, preguntas como “¿Qué variedades vernáculas del inglés o el español dominarán el siglo XXI americano?” (traducción propia; Saldívar 2007: 347). *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* marca un antes y un después en el pensamiento fronterizo y en la literatura de fronteras, rechazando su lectura única como explicación cronológica del avance de los europeos en el nuevo continente (Kolodny 1992: 3) para así establecer alternativas creativas y discursivas que no perpetúen lo que, pese al cambio de localización, podríamos llamar Orientalismos.

4. Conclusión

América resulta una novela interesante al analizarla como una herramienta de exposición de los métodos por los que los textos se convierten en discursos foucauldianos. Mientras que, a modo de crítica, muestra personajes y actos que, como Delaney con su artículo, perpetúan retóricas racistas por su existencia dentro de esas tradiciones de unidades informativas preexistentes (Said 2008: 137), también es en sí un texto que, por su propia estructura compartimentalizada, denota esa separación de mundos. Al intentar demostrar la realidad del migrante sin poder acceder nunca a una visión sincera y no estereotipada del mismo, esta novela se convierte en un texto colonial más en el que el mundo no anglosajón se proyecta como un caos oscuro al que domar. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* de Gloria Anzaldúa también es tanto un manual informativo como un ejemplo literario: denota lo que quiere decir con su propia forma y su uso del lenguaje. Yuxtaponer los dos textos se convierte en un ejercicio necesario para analizar las creaciones del discurso y observar que es imposible muchas veces salir del modo hegemónico de conceptualización. El texto de Anzaldúa, sin embargo, expone un ejemplo literario de lo que es el pensamiento fronterizo que teorizan Quijano, Mignolo y Saldívar. Pese a que las teorizaciones de estos tres son comunes en el campo de los estudios fronterizos y poscoloniales, lo complicado es verlas proyectadas en un propio texto que rompa con todas las expectativas textuales hegemónicas. Anzaldúa sin duda lo hace con su innovador uso de los géneros literarios que, en vez de dibujar fronteras entre modos previamente definidos por una tradición canónica, se convierte en esos “márgenes permeables” (traducción propia; 1992: 2) que Kolodny sostiene son las fronteras.

Bibliografía

- ANZALDÚA, G., *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books 1987.
- BAL, M., *Narratology Introduction to the Theory of Narrative*. Toronto: University of Toronto Press 1997.
- BOEHMER, E., *Colonial and Postcolonial Literature*. Oxford: Oxford University Press 2005.
- BOYLE, T. C., *América* [Ebook]. Santa Fe de Bogotá: Grupo Editorial Norma 1998.
- DU BOIS, W. E. B., *The Souls of Black Folk*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press 2007.
- FOUCAULT, M., *Vigilar y Castigar: Nacimiento de la Prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores 1976.
- GARRARD, G., *Ecocriticism*. Londres y Nueva York: Routledge 2012.
- GLOTFELTY, C. / H. FROMM., *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. Atenas y Londres: University of Georgia Press 1996.
- HICKS, Heather J., «On Whiteness in T. Coraghessan Boyle's *The Tortilla Curtain*», *Critique: Studies in Contemporary Fiction* 45 (2003), 43-64.
- JUNG, C. G., *Psychology and Religion*. New Haven: Yale University Press 1992.
- KOLODNY, A., «Letting Go our Grand Obsessions: Notes Toward a New Literary History of the American Frontiers», *American Literature* 64 (1992), 1-18.
- LÓPEZ, A. J. *Postcolonial Whiteness a Critical Reader on Race and Empire*. Albany: State University of New York Press 2005.
- MERCHANT, C., *The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution*. San Francisco: Harper & Row 1976.
- MIGNOLO, W., *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledge and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press 2000.
- QUIJANO, A., «Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America», *Nepantla* 1 (2000), 533-580.
- QUIJANO, A. / I. WALLERSTEIN., «Americanness as a Concept, or the Americas in the Modern World System», *International Social Science Journal* 29 (1992), 549-57.
- RAGHURAM, P. / SAHOO, A.K. / MAHARAJ, B. / SANGHA, D., «Foreword», en: *Tracing and Indian Diaspora: Contexts, Memories, Representations*. Los Angeles, Londres, Nueva Delhi y Singapur: Sage Publications 2008, xii-xiii.
- SAID, E. W., *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo 2008.
- SALDÍVAR, J. D., «Chicano Border Narratives as Cultural Critique», en: Calderón, H. / J.D. Saldívar (eds.): *Criticism in the Borderlands: Studies in Chicano Literature, Culture, and Ideology*. Durham y Londres: Duke University Press 1991, 167-187.
- , «Unsettling Race, Coloniality, and Caste: Anzaldúa's *Borderlands/La Frontera*, Martínez's *Parrot in the Oven*, and Roy's *The God of Small Things*», *Cultural Studies* 21 (2007), 339-367.
- SÁNCHEZ, G. J., *Becoming Mexican-American: Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*. Nueva York: Oxford University Press 1993.
- VAN DIJK, T. A., *La Ciencia del Texto: un Enfoque Interdisciplinario*. Buenos Aires y Barcelona: Ediciones Paidós 1992.